



Julián Marante Pérez  
(Breña Baja, 1923-2011):  
los Enanos, las pelucas  
y su secreto

Zuleima Marante Pérez

*Danza de Enanos en la calle (1985). AGLP*



*Julián Marante Pérez trabajando las pelucas de los Enanos (2009). ZMP*

Nació en 1923 en una isla de mar y su vida entera la pasó entre las calles y caminos de Las Breñas. Mi abuelo se llamaba Julián Marante y cada día cruzaba Breña Alta y Breña Baja con un matul de ropa que parecía envolverle la flaqueza. Sabía, con sólo mirar, la talla de la persona que se encontraba ante sus ojos. Si era demasiada la tela para la piel de un posible comprador o compradora, hacía también de sastre.

La fama de abuelo surge de un don que provenía de sus manos y de su gusto por lo estético. Quiso demostrarlo siempre sin aspavientos, participando en todo lo que abarcara su municipio, desde la elaboración de una carroza que recibiría a la Virgen de Fátima, hasta cuadros plásticos, loas o disfraces. Fue una persona polifacética: decorador, diseñador, escenógrafo. Cuando piensas en quién pudo servir para un roto y un descosido de

una manera íntima y original, aparece él, escondido entre el gentío, sin percatarse de que nadie era ciego.

Un día que podría haber sido cualquiera, mi abuelo arribó en Buenavista con toda esa ropa dispuesto a venderla. Obedeciendo a las causalidades, se tropezó con Gabriel Duque Acosta (1930-1987),

Fue él quien innovó un nuevo peinado no antes utilizado: los tres moños con la trenza y el lazo



Danza de Enanos en la plaza de Santo Domingo (1990). AGLP

en ese momento alcalde de Santa Cruz de La Palma, quien, conocedor del buen hacer de sus creaciones, le ofrecería la realización de las pelucas de los hombres que bailarían el Minué de la Bajada de la Virgen.

Con nylon, lino, esmero y mi tío de conejillo de indias, se prepararía la fórmula para unos buenos resultados en las pelucas durante más de una *bajada*. Sería inevitable su popularidad, acrecentada después de todo, y fue en 1980 cuando llegó aquella llamada: él peinaría las pelucas de la Danza de Enanos de la Bajada de la Virgen.

Las pelucas llegaron desde Barcelona hasta la casa de mi abuelo, donde él las recibió con estupefacción ante tal tamaño. Pareciera que en la misma peluca estaba escondido el propio Enano. Sin embargo, de las dificultades vienen las ideas y fue él quien innovó un nuevo peinado no antes utilizado: los tres moños con la trenza y el lazo (antes de lino y de un tamaño menor, por lo que solo era necesario un moño).

El mayor trabajo lo realizaba mi abuelo al amanecer. Colocaba sobre cada peluca un tratamiento de untar y secar que previamente había comprado en la ferretería y ahí las dejaba para que el aire que proporcionaba la propia casa diese con el resultado deseado. Poco más se sabe. El resto de su peculiaridad en la modificación de las pelucas lo tapaba una brisa recelosa para que no descubriésemos el secreto de sus costumbres, entre caricias blancas de un movimiento mágico. Mi primo corrió tras él imitando sus rutinas para poder parar el tiempo. Abuelo lo esperó. Lo esperó cada día para pedirle una opinión sobre cómo mejorar cada paso

dado y si un día la inspiración tardaba en llegar demasiado, iba a los arcos de Mazo para captar ideas, recogerlas y aplicarlas hasta obtener lo que vemos cada cinco años. Un trabajo que, como mínimo, merece ser recordado.

Hoy, nueve otoños, casi dos bajadas y millones de segundos después de que abuelo dejara de empezar un nuevo proyecto en esta tierra para hacerlo en el cielo, yo escribo estas líneas desde el lugar en el que me empeñaba en vestir de nostalgia y polca cuando vivía lejos. Los Enanos siguen siendo un verano eterno del que no quiero despertar, un baile noble y triunfal sobre adoquines y baldosas. Y son ellos, y nadie más, quienes con minúsculos saltos solidarios llegan hasta hospitales de pacientes que convalecen, y curan tardes rutinarias, exceso de sillas y dificultad de movimientos. Es ahí donde los humanos de carne y hueso proceden a transformarse en figuras pequeñas, los mayores en niños y lo sorprendente surge entre pestaños.

Y personas, que parecen llenar estadios como sólo puede hacerlo una espera de cinco años, atisban desde el rincón más alto, entre empujones y falta de aire, a sus protagonistas. Y todo es un palco de sonrisas frente a unos seres que vieron reyes y tienen más de cien años. Siendo la niñez unos ojos abiertos.

Cuento mi vida en danzas y te llevo de la mano para mostrarte el reloj que marca este tiempo a través de zapatitos de piel y lazos.

Para que veas cómo ven mis ojos, que la magia, a veces, no necesita trucos.



*Danza de Enanos en la plaza de Santo Domingo (1990). AGLP*